

LA TONTINE DE LOS LEPROSOS

No era Tabara Mondour mujer que se dejase amilanar con facilidad. Ni siquiera el hambre y la lepra habían podido con ella. Y ahora, con una criatura abultándole el vientre, se hallaba más presta para la lucha que jamás. Su hijo -había decidido que fuese, y fue, varón- no pasaría por el calvario de sufrimientos y penurias que ella había padecido. No. Su hijo sería un *patrón*. Un hombre sano e importante respetado por la comunidad.

Ya desde antes de quedar encinta, y de las limosnas que recibía, había ido aportando una cantidad semanal a la *tontine* de leprosos más importante de la ciudad, la del *Sheij* Ba. Las *tontines*, que hacen las veces de bancos en Camerún y otros países del África Subsahariana, permiten a sus afiliados retirar las cantidades que necesiten a cambio de una aportación semanal o mensual. Nunca, en más de las tres épocas de lluvias que llevaba integrada en la *tontine*, había hecho Tabara Mondour uso de su derecho. Jamás solicitó dinero para adquirir unas babuchas, hacerse unas trenzas, o comprar un vestido nuevo. No. Ella vivía de lo que le daban aquellos que sentían lástima, o temor, al contemplar sus manos jóvenes carentes de dedos, su rostro sin nariz pero de ojos grandes y hermosos. Hasta quedar encinta se abstuvo de alargar la mutilada mano para coger lo que era suyo.

-Sheij, necesito cien mil francos.

Cien mil francos para una *tontine* de mendigos era mucho dinero. Cien mil francos era, sin embargo, el precio exigido por Adama Sagne para colaborar con ella en la realización de su meticuloso plan. Cien mil

francos sacarían a su hijo para siempre del estercolero. Con ellos en su poder se dirigió al Hospital General, donde trabajaba Adama como enfermero, para cerrar el trato.

El trato, que era una zancadilla al destino, una trampa -quizá- contra la voluntad del Todopoderoso. Pero también era Él, El Solo, El Único, El Infinito, quien había permitido que semejante plan se urdiese en la cabeza inculta de su humildísima sierva.

El plan no podía ser más sencillo, consistía en un simple cambio de niños: un bebé por otro. ¿Por qué no? De recién nacidos se parecen tanto, son tan iguales. Nadie notaría la diferencia. Pero Tabara no se conformaba con un niño cualquiera, de familia sana sin más. Quería al vástago de alguien poderoso, el hijo de un rico. Por eso se había dirigido al Hospital General; el paritorio más afamado de la ciudad. Hasta los ministros llevaban a sus mujeres allí.

No fue la casa de un ministro donde creció Amadou Mbodj, así quiso nombrar a su hijo el padre que se creía legítimo, pero sí un lugar donde nunca nada faltó: alimento, ropas, libros. Sí, el hijo de Tabara Mondour recibió una buenísima, excelente, educación.

El primogénito del señor Mbodj, el verdadero, por el contrario, fue ahogado en un estanque de aguas turbias cuando apenas contaba seis días de vida por unas manos sin dedos que no vacilaron ni un instante a la hora de actuar. Sí, podía haber amamantado a la criatura con sus pechos rebosantes de leche, darle calor, cantarle, enseñarle a vivir. Pero Tabara dudaba que un bebé de ricos fuese lo bastante fuerte para aguantar en el implacable submundo donde a ella le había tocado vivir. Así que, con mucho más amor que crueldad, le sumergió en el agua para devolverle al

aldiana, al paraíso de Alá.

Se instaló Tabara Mondour cerca de la mansión Mbodj -criados, coches, carneros, árboles frutales, y columnas de mármol en las terrazas- para ver a Amadou crecer. De niño le seguía, muy de lejos, hasta la escuela para evitar que le pasase nada malo en el camino. Años después volvió a utilizar los fondos de la *tontine* para alejarle de una chica, bella pero sin corazón, que no le convenía. Y aún más tarde tuvo la voluntad de acudir cada mañana a la puerta de la Facultad de Ciencias Políticas, donde estudiaba, para verle pasear en compañía de los otros ricos, con su elegante traje cruzado y sus preciosas corbatas de seda importadas.

Tabara dormía sobre un cartón, pasaba largas temporadas en la leprosería, y se alimentaba con menos de lo realmente imprescindible, pero era feliz. Sus ojos, sus lindos ojos del color de la caoba, fuesen tan terribles como quisieren las circunstancias, brillaban como estrellas de verano. Esos ojos que, sin embargo, siempre le había ocultado a Amadou; los miles y miles de veces que ambos se habían cruzado. Sí, Tabara sepultaba la mirada en la arena, o entre las piedras, para que su hijo no pudiese leer jamás la verdad terrible en las pupilas de aquella que le había concebido.

Hasta que llegó El Día Grande, la jornada más hermosa en la mísera existencia de Tabara Mondour, la fecha en que eligieron para alcalde de la ciudad al brillante y astuto Amadou Mbodj. ¡Alcalde! Su hijo era el alcalde de la ciudad que la vió nacer, que la trató sin piedad, peor que a un perro; mucho peor. Alcalde. El Amo. El Señor. Ese día sí, ese día, fundida entre la aclamante multitud, sí que miró a los ojos de su hijo,

con el más inmenso y grande amor. Y bastó ese instante, ese destello fugaz, para que el bebé cambiado, el hijo de la miseria y la humillación, comprendiese. Aunque claro, enseguida se sobrepuso a la oscura y molesta sensación su inteligencia: era imposible que aquella mujer..., no, desde luego que no.

Apenas llevaba una semana en el cargo cuando dictó un bando que prohibía a los leprosos acercarse a la zona centro de la ciudad, al *plateau*.

Nunca más, pues, volvió a ver, excepto en las fotos de los periódicos y los carteles electorales, Tabara al fruto de sus entrañas, dolor de su corazón.

Sin embargo Amadou, cada noche, sí cada noche, soñó con aquella mujer leprosa, cuya figura había visto mil veces de niño, y que un día, un sólo día, le había mirado a los ojos, con tanta intensidad que le trastornó. Sí, cada noche soñó Amadou con su madre: Tabara Mondour. Cada noche. Hasta que su tiempo sobre la tierra expiró.